

## EL HEROICO COMBATE DE SAN LORENZO

*“Duró apenas 15 minutos y fue clave para los planes futuros de los patriotas. San Martín y sus granaderos derrotaron a 300 marinos realistas que asolaban las costas del Paraná. La lucha fue feroz y sorpresiva para el invasor, que sufrió la muerte de 40 de sus hombres”.*

Desde la época de la Revolución de Mayo, el Río de la Plata y sus afluentes eran del exclusivo dominio de la flota española que tenía por base el puerto de Montevideo. Los marinos realistas que en 1810 se habían proclamado en contra de la Junta, dominaban, atacaban y hostilizaban todo el litoral argentino, que entonces se reducía al de la provincia de Buenos Aires.

Para contrarrestarlos, el Gobierno patriota intentó desde el principio montar escuadrillas que los combatieran, pero siempre, hasta entonces, se habían visto derrotados por los bizarros y capaces marinos españoles. A fines de 1811, como solución para impedir las incursiones, se mandó artillar la barranca de la Villa del Rosario de Santa Fe. Se encomendó a Manuel Belgrano, quien levantó en febrero de 1812 dos baterías, la Libertad y la Independencia, una sobre la barranca y la otra en una isla vecina. También se instalaron defensas costeras en Punta del Rey o Punta Gorda, en la costa entrerriana.

Al reiniciarse por parte del ejército patriota, en 1812, el sitio de la plaza realista, sus fuerzas navales iniciaron expediciones y desembarcos frecuentes para obtener víveres. Así, el Paraná era el escenario de continuos ataques. En julio y agosto de 1812, dos buques corsarios montevidianos subieron el Paraná, pasaron sigilosamente la Punta Gorda y atacaron y apresaron varios barcos en la desembocadura del río Colastiné. Sólo fueron resistidos por 60 blandengues de Santa Fe. Tras abandonar el botín bajaron el río y el 9 de octubre llegaron a San Nicolás de los Arroyos, y poco después saquearían San Pedro. En enero de 1813, cerca de Gualaguaychú, serían sorprendidos otros tres corsarios realistas. Para impedir los ataques, el Gobierno buscó aumentar las milicias locales para que defendieran las costas santafesinas y entrerrianas, encomendándose esto a fuerzas regulares y milicianas.

### Granaderos a caballo

También se les encomendó la tarea a los flamantes Granaderos a Caballo, que comenzaron a patrullar y recorrer desde Buenos Aires hasta San Nicolás, mientras una compañía del primer escuadrón se situaba en San Fernando de la Buena Vista, al mando del capitán Justo Bermúdez, y un piquete de 50 efectivos marchaba a Punta Gorda. También en las noches, a sugerencia de San Martín, cuatro patrullas de granaderos vigilaban la costa y los suburbios de Buenos Aires, que podría dormir tranquila velada por ellos. Mientras tanto, a principios de 1813, en la isla Martín García, plaza fortificada por los realistas de Montevideo, se estaba concentrando un contingente de soldados de los Voluntarios de Infantería de Montevideo, al mando del capitán de milicias de Artillería Antonio Zabala, *“vizcaíno testarudo, rubia cabellera -dice Mitre-, que a una estatura colosal reunía un valor probado”.*

Lo que se traían entre manos era una expedición fluvial, dirigida por el corsario oriental Rafael Ruiz. Su propósito era destruir las defensas del Paraná y abrirse camino al Paraguay, que estaba en contra de las autoridades de Buenos Aires (aunque tampoco era partidario del Rey), y en el trayecto apresar los buques de cabotaje que se ocupaban del tráfico comercial del Paraná.

Al saberse en Buenos Aires las novedades, el Gobierno mandó desarmar las baterías del Rosario, por no considerar conveniente su defensa, y dispuso que se reforzasen las baterías de Punta Gorda, a la vez que se ordenó al coronel de Granaderos a Caballo que con una parte de su regimiento protegiese las costas del Paraná más arriba, desde Zárate hasta Santa Fe.

## Avanza el enemigo

La expedición naval realista salió de Montevideo y luego de pasar por Martín García, ingresó en el Paraná Guazú, algo retrasada a causa de vientos del norte, a mediados de enero de 1813. Su fuerza era de 11 embarcaciones de menor porte pero convenientemente armadas, tripuladas por 350 hombres.

San Martín apenas tuvo tiempo de salir a su encuentro a la cabeza de sus 140 granaderos a la vez que dejaba destacadas partidas para vigilar la costa a lo largo del río.

El 28 de enero, la flotilla enemiga pasó por San Nicolás y el 30 llegó más arriba de la Villa del Rosario, sin provocar hostilidades. El comandante militar del Rosario era el oriental Celedonio Escalada -sin parentesco con San Martín-, el cual reunió a sus milicianos para oponer resistencia al desembarco. Su fuerza era de 22 infantes armados, 30 blandengues de caballería y un cañoncito manejado por media docena de artilleros milicianos.

Los realistas levaron anclas en la noche y amanecieron el 30 frente a la población de San Lorenzo, a 26 kilómetros al norte del Rosario, anclando a unos 200 metros de la orilla frente al convento franciscano de San Carlos.

A esa altura, el río Paraná tiene una de sus mayores anchuras y las barrancas *“son altas y escarpadas como una muralla -dice Mitre- y sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre le ha abierto caminos y cortaduras para escalarla”*. Frente a donde había fondeado la escuadrilla había uno de estos caminos inclinado en forma de escalera. Al llegar a la parte alta se abría una planicie, hoy más angosta que entonces por efecto de la erosión del río, en donde se alza el *Convento de San Carlos de los Padres Franciscanos*. Esta es una construcción de grandes claustros de sencilla arquitectura, rodeada de arbustos y pinos para darle sombra a los espacios abiertos y frescos donde todo gira alrededor de la meditación, el rezo y el trabajo del campo. Sólo estaba coronado por un humilde campanario, aún sin torre. Un destacamento de los montevidianos desembarcó para requerir víveres a los frailes, pero se conformaron con tomar unas pocas gallinas y melones, porque el ganado vacuno había sido llevado al interior. Ante la llegada de los milicianos de Escalada, la hueste montevideana volvió a sus barcos y la jornada concluyó con un cañoneo sin consecuencias.

En la noche del 31 de enero logra fugarse de la escuadrilla un prisionero paraguayo, José Félix Bogado. Este avisa a Escalada que el capitán Zabala no tenía más de 350 hombres, pero que su intención era la de desembarcar para apoderarse de los caudales que creía había escondidos

en el convento. Y que después seguiría viaje al norte, saqueando otras poblaciones hasta Paraguay. Inmediatamente transmitió Escalada esta noticia, y uno de sus mensajeros encontró al coronel San Martín al frente de los granaderos. Este había partido el 28 de enero de Buenos Aires y venía a marcha forzada por el camino de las postas a Santa Fe, por Santos Lugares, Las Conchas, Arroyo Pinazo, Pilar, Cañada de la Cruz, Areco, Cañada Honda, Arrecifes, San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco, Arroyo del Medio, Rosario, Espinillo y San Lorenzo, ubicada a una legua del convento, por lo tanto, estaba dos días retrasado con respecto a la expedición española.

En la noche del 2 de febrero llegó a la posta de San Lorenzo, distante cinco kilómetros del convento. Allí encontró los caballos que Escalada había hecho llevar a modo de refresco o remonta.

Quienes vieron el coronel de granaderos se sorprenderían al observarlo despojado de su lujoso uniforme y llevando en su lugar el austero de campaña, con un humilde sombrero de paja sudamericano de ala ancha y enfundado en un poncho: disfrazaba su aspecto. Esto le permitía seguir así los movimientos de la escuadra, cuyas velas perseguía a cada paso.

En la posta de San Lorenzo, el jefe de los granaderos se encontró con un viajero que descansaba distraídamente en su carruaje desenganchado. Era William Parish Robertson, comerciante británico, de los muchos que había desde 1810 en el Río de la Plata y, como la mayoría de ellos, vinculado al Foreign Office, el servicio secreto británico. Él será testigo privilegiado del hecho de armas y dejará una preciosa narración escrita.

## Plan de combate

Refrescados los caballos se reinició la marcha. Esa misma noche la columna de granaderos llegó al convento de San Carlos y, en silencio, ocuparon los patios traseros.

No hallaron a nadie porque los religiosos se habían marchado dos días antes por la amenaza de nuevos desembarcos; tras el del 30 de enero, hubo un segundo el 2 de febrero, pero no en la costa, sino en una isla vecina.

Las celdas estaban desiertas y no había rumores en los claustros; el portón se cerró tras los granaderos y el escuadrón echó pie a tierra en el gran patio del convento. Se prohibió encender fuegos o que se hablara en voz alta.

San Martín, catalejo en mano, subió a la espadaña (campanario) de la iglesia y verificó la presencia del enemigo por las luces de sus fanales de comunicación. Luego reconoció el terreno vecino y, tomando en cuenta las noticias que le había dado Escalada, formó su plan de combate.

San Martín contaba con 120 granaderos y 50 milicianos de Escalada. Sabía que Zabala tenía el doble de efectivos, 350 soldados pero, como diría a Robertson, dudaba de que a los montevideanos les tocara la mejor parte. Y le advirtió al inglés que su deber no era el de pelear. *“Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase en salvo. Sabe V. que los marinos son maturrangos”*.

Al frente del convento y hacia la barranca del río se extendía una planicie, perfectamente adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca había una distancia de poco más de 300 metros, lo suficiente, pensó San Martín, para dar una carga de fondo. La subida de la barranca a la llanura eran dos sendas sinuosas, pero sólo una era apta para el avance de la infantería formada, en realidad eran como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior. Con esta certeza, San Martín dispuso que los granaderos saliesen del patio y se emboscaran a los lados, formando tras los macizos claustros y las tapias posteriores del convento, con los caballos ensillados y las armas preparadas.

San Martín volvió a subir a la espadaña del campanario, provisto de su catalejo y a poco de dar las cinco de la mañana, vio que de los buques salían lanchas de desembarco con tropas. Se dirigieron al llamado puerto de San Lorenzo, que estaba ubicado al pie del barranco cerca de la desembocadura del arroyo; allí la orilla era menos escarpada que frente al convento y esto facilitó el paso a 250 infantes de Zabala y el rodamiento de pequeña artillería.

Al rato vieron por el borde de la barranca a los atacantes, formados en dos columnas, con sus uniformes blancos de verano, con las banderas reales de Montevideo desplegadas y acompañados por la banda de tambores y pífanos (flautines). Descender del campanario, subir a su caballo y ordenar a sus granaderos montar, fue un solo movimiento. Su orden: no disparar un tiro de carabinas y las pistolas, para no alertarlos. Todo sería a sable y lanza.

## Feroz ataque

San Martín se puso al frente de sus granaderos y arengó a quienes iban a tener su bautismo de fuego; *“Espero que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del Regimiento”*. Enseguida se puso al mando de la segunda división de granaderos y dio el mando de la otra al capitán Justo Bermúdez.

La orden era la de flanquear y cortar la retirada a los invasores: *“En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos, y allí daré a Ud. mis órdenes”*. El coronel atacaría al enemigo de frente, en tanto que su segundo, dando un rodeo, debía hacerlo por el flanco de los infantes para impedirles la retirada.

Los realistas montevidianos venían formados en dos columnas de avance paralelas, con bandera desplegada y dos piezas de artillería colocadas al centro.

## Sorpresa realista

Al sonar tocando a degüello el clarín de guerra de los Granaderos a Caballo, salieron por derecha e izquierda del monasterio las dos divisiones, sable en mano y en aire de carga; San Martín llevaba el ataque por la izquierda y Bermúdez por la derecha.

La aparición de los granaderos sorprendió al jefe realista Zabala, quien ordenó formar a los suyos en martillo porque no había tiempo para hacerlo en cuadro. Los granaderos cargaban a despecho de las bajas que les producían los cañones españoles.

El propio parte de guerra español fue claro al respecto del ataque de los granaderos:

*“...por derecha e izquierda del referido monasterio salían dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope sable en mano cargaban sobre él despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que les divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez atacando a nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar a formar cuadro sino martillo...”.*

Las cabezas de columna españolas desorganizadas en la primera carga se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los agresores, recibiendo a varios de ellos con la punta de sus bayonetas:

*“...ordenó Zabala su gente a fin de ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia cuando vio al enemigo cargar por segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó aunque imperfectamente un cuadro por no haber dado lugar a hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo”.*

## Cabral, soldado heroico

San Martín, al frente de su escuadrón, se encontró con la columna que mandaba en persona el comandante Zabala, y debió reconocer al jefe español, rubicundo, grueso y con una escarapela en su morrión militar que decía “Viva el Rey”.

Aquel combate que duró sólo quince minutos puso en riesgo la vida del jefe criollo. Al ser atacada con nutrido fuego la columna que comandaba San Martín, su caballo fue herido y le oprimió una pierna al caer. Mientras un arma blanca le provocó una leve herida en el rostro y un realista intentó rematarlo con su bayoneta. Su vida fue salvada por un certero lanzazo del granadero puntano Baigorria, que mató al agresor, en tanto que el correntino Juan Bautista Cabral saltó a tierra y liberó a su coronel del peso que lo sujetaba; pero cayó a su vez por obra de dos heridas mortales. Murió diciendo a su jefe: *“¡Muero contento. Hemos batido al enemigo!”*.

Los españoles, deshechos por el rápido ataque, abandonaron el campo con su artillería, sus muertos y heridos, y se replegaron hacia la barranca. La escuadrilla desde el río rompió fuego para proteger la retirada. El capitán Bermúdez quedó como jefe ante la herida de San Martín, - que tenía un brazo dislocado por la caída- e hizo retroceder a la columna que se le enfrentó, pero en la persecución de la segunda carga fue gravemente herido por un disparo hecho desde las naves.

El teniente Manuel Díaz Vélez, en la persecución, cayó por lo brioso de su caballo y recibió tres heridas: una de bala en el cráneo y dos bayonetazos en el pecho, y quedó prisionero. Los últimos dispersos españoles se lanzaron en fuga a la plaza, cayéndose al despeñadero.

Los granaderos tuvieron 27 heridos, 15 muertos y un prisionero, el nombrado Díaz Vélez, quien fue canjeado al día siguiente junto con tres lancharos paraguayos capturados por los corsarios antes del combate (los tres liberados se incorporaron como voluntarios al Regimiento).

En tanto que Félix Bogado, incorporado al regimiento, volvió a Buenos Aires el 13 de febrero de 1826 como coronel, al frente del resto de los granaderos que regresaban al cuartel. Finalizada la acción, San Martín suministró víveres frescos para los heridos enemigos por pedido de su jefe. San Martín a la sombra de un pino añoso, que todavía se conserva en el huerto de San Lorenzo, redactó el parte de la victoria.

## Un paso clave

El combate de San Lorenzo, de aparente poca importancia militar, fue en verdad de gran trascendencia ya que pacificó los ríos Paraná y Uruguay, dio seguridad a sus pobladores y cortó las incursiones españolas, a la vez que privó a estos de los víveres para prolongar su resistencia y sobre todo dio un nuevo general a sus ejércitos y a sus armas un nuevo temple.

El capitán Bermúdez, herido y mutilado de una pierna, murió el 14 de febrero, mientras convalecía. Con los días circuló la versión de que desesperado por no haber podido impedir la retirada de los invasores, se quitó el torniquete que sujetaba el muñón y se dejó morir.

El joven Díaz Vélez no pudo recuperarse de sus heridas y murió el 20 de mayo en su casa de Buenos Aires. Varios granaderos quedaron inútiles para el servicio y recibieron cédulas de invalidez. San Martín se ocuparía de todos y pediría el 27 de febrero amparo para las familias de Bermúdez y Cabral, haciendo otro tanto el 22 de mayo a favor de la de Díaz Vélez. Como trofeo quedaron 2 cañones, 50 fusiles, bayonetas y una bandera, tomada por el teniente Hipólito Bouchard. Los atacantes dejaron en el campo 40 muertos y 13 heridos, entre ellos Zabala, su jefe.

El día 5, los montevidéanos cambiaron el rumbo y marcharon río abajo. Ese día la noticia de la victoria llegó a Buenos Aires, donde se la celebró con una salva de artillería y repique de campanas. El 6, San Martín destacó una vanguardia para que vigilara a los realistas en retirada, en tanto que el resto emprendió el regreso. Pero el coronel no lo haría sin antes visitar a los heridos y despedirse de los frailes a los que manifestó afecto y agradecimiento. En su correspondencia con el general Guillermo Miller, recuerda Mitre, San Martín dirá sobre aquel combate: *“Hasta la época de la formación de este cuerpo, se ignoraba en las Provincias Unidas la importancia de esta arma, y el verdadero modo de emplearla, pues se la hacía formar en línea con la infantería para utilizar sus fuegos. La acción de San Lorenzo demostró la utilidad del arma blanca en la caballería, tanto más ventajosa en América cuanto que lo general de sus hombres pueden reputarse como los primeros jinetes del mundo”*.

San Martín volvió a Buenos Aires. ¿Tenía ya en mente su Plan Estratégico Continental? ¿Sabía que los esperaban las más altas cumbres de América, los Andes?

## Admiración por su sangre fría

El 3 de febrero de 1813 marca el inicio de la carrera militar de San Martín en América con el combate de San Lorenzo. Testigo de ese episodio fue el comerciante inglés William Parish Robertson, quien poco antes había llegado al país. Su destino era Paraguay, pasando por Santa Fe. En su libro *Letters on Paraguay*, Robertson relata su encuentro con San Martín, a quien ya conocía de los salones de Buenos Aires. Así lo describió:

*“Por la tarde del quinto día llegamos a la posta de San Lorenzo, distante como dos leguas del convento del mismo nombre, construido sobre las riberas del Paraná, que allí son prodigiosamente altas y empinadas.*

*Allí nos informaron haberse recibido órdenes de no permitir a los pasajeros seguir desde aquel punto, no solamente porque era inseguro (...), sino porque los caballos habían sido requisados y puestos a disposición del Gobierno... Yo había temido encontrar tal interrupción durante todo el camino porque sabía que los marinos en considerable número estaban en alguna parte del río; (...) ansiaba caer en manos de cualquiera menos en las suyas. Todo lo que pude convenir con el maestro de posta fue que si los marinos desembarcaban en la costa, yo tendría dos caballos para mí y mi sirviente, y estaría en libertad de internarme con su familia, a un sitio conocido por él, donde el enemigo no podría seguirnos (...), cuando quedó arreglado, me retiré al carruaje (...) Desperté de mi profundo sueño a causa del tropel de caballos, ruido de sables y rudas voces de mando a inmediaciones de la posta. Vi confusamente en las tinieblas de la noche los tostados rostros de dos arrogantes soldados en cada ventanilla del coche. No dudé estar en manos de los marinos.*

*“¿Quién está ahí?”, dijo uno de ellos.*

*“Un viajero, contesté.*

*“Apúrese”, dijo la misma voz “y salga”.*

*En ese momento se acercó a la ventanilla una persona cuyas facciones no podía distinguir en lo obscuro, pero cuya voz estaba seguro de conocer, cuando dijo a los hombres: “No sean groseros; no es enemigo, sino, según el maestro de posta me informa, un caballero inglés en viaje al Paraguay”. Los hombres se retiraron y el oficial se aproximó más a la ventanilla (...) “Seguramente usted es el coronel San Martín, y, si es así, aquí está su amigo míster Robertson”.*

*El reconocimiento fue instantáneo, mutuo y cordial; y él se regocijó con franca risa cuando le manifesté el miedo que había tenido, confundiendo sus tropas con un cuerpo de marinos. El coronel entonces me informó que el Gobierno tenía noticias seguras de que los marinos españoles intentarían desembarcar esa misma mañana, para saquear el país circunvecino y especialmente el convento de San Lorenzo. Agregó que para impedirlo había sido destacado con 150 Granaderos a caballo de su Regimiento; que había venido (andando principalmente de noche para no ser observado) en tres noches desde Buenos Aires. Dijo estar seguro que los marinos no conocían su proximidad y que en pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos.*

*“Son doble en número”, añadió el valiente coronel, “pero por eso no creo que tengan la mejor parte de la jornada”.*

*“Estoy seguro que no”, dije; y descendiendo sin dilación empecé con mi sirviente a buscar a tientas vino con que refrescar a mis muy bien venidos huéspedes.*

*San Martín había ordenado que se apagaran todas las luces de la posta, para evitar que los marinos pudiesen observar (...). Sin embargo, nos manejamos muy bien para beber nuestro*

vino en la obscuridad. Fue la copa del estribo; porque todos los hombres de la pequeña columna estaban parados al lado de sus caballos ya ensillados, y listos para avanzar, a la voz de mando, al campo del combate. No tuve dificultad de persuadir al general que me permitiera acompañarlo hasta el convento. "Recuerde, dijo, que no es su deber ni oficio pelear. Le daré un buen caballo y si ve que la jornada se decide contra nosotros, aléjese lo más ligero posible...".

Aceptando su delicada oferta de un caballo excelente (...) cabalgué al costado de San Martín cuando marchaba al frente de sus hombres (...), llegamos al convento de San Lorenzo, que quedó interpuesto entre el Paraná y las tropas de Buenos Aires y ocultos a las miradas del enemigo.

Los tres lados del convento visibles desde el río, parecían desiertos; con las ventanas cerradas y todo en el estado en que los frailes atemorizados se supondría lo habían abandonado en su fuga precipitada, pocos días antes. Era en el cuarto lado y por el portón de entrada al patio y claustros que se hicieron los preparativos para la obra de muerte. Por este portón, San Martín silenciosamente hizo desfilar sus hombres, y una vez que hizo entrar los dos escuadrones en el cuadrado, me recordaron, cuando las primeras luces de la mañana apenas se proyectaban en los claustros sombríos que los protegían, la banda de griegos encerrados en el interior del caballo de madera tan fatal para los destinos de Troya. El portón se cerró para que ningún transeúnte importuno pudiera ver lo que adentro se preparaba.

El coronel San Martín, acompañado por dos o tres oficiales y por mí, ascendió al campanario del convento (...) y trató de darse cuenta de la fuerza y movimientos del enemigo. Cada momento, daba prueba de su intención de desembarcar; y tan pronto como aclaró el día percibimos el afanoso embarcar de sus hombres en los botes de 7 barcos que componían su escuadrilla. Contamos alrededor de 320 marineros desembarcando al pie de la barranca y preparándose a subir la tortuosa senda, única comunicación entre el convento y el río. Era evidente, por el descuido con que el enemigo ascendía el camino, que estaba desprevenido de los preparativos hechos para recibirlo, pero San Martín y sus oficiales descendieron de la torrecilla, y después de preparar todo para el choque, tomaron sus respectivos puestos en el patio de abajo. Los hombres fueron sacados del cuadrángulo, enteramente inapercibidos, cada escuadrón detrás de una de las alas del edificio. San Martín volvió a subir al campanario (...), volvió a bajar corriendo, luego de decirme:

"Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano".

San Martín ordenó a sus hombres no disparar un solo tiro. El enemigo aparecía a mis pies (...) a cien yardas. Su bandera flameaba, sus tambores y pitos tocaban marcha redoblada, cuando en un instante y a toda brida los dos escuadrones desembocaron por atrás del convento y flanqueando al enemigo por las dos alas, comenzaron con sus lucientes sables la matanza, que fue instantánea y espantosa.

Las tropas de San Martín recibieron una descarga solamente, pero sólo cinco hombres cayeron en la embestida contra los marinos. Todo lo demás fue derrota, estrago y espanto entre aquel desdichado cuerpo. La persecución, la matanza, el triunfo, siguieron al asalto de las tropas de Buenos Aires. La suerte de la batalla, aun para un ojo inexperto como el mío, no estuvo indecisa tres minutos. La carga de los dos escuadrones rompió las filas enemigas y los fulgurantes



*sables hicieron su obra de muerte tan rápidamente que en un cuarto de hora el terreno estaba cubierto de muertos y heridos.*

*Un grupito de españoles huyó hasta el borde de la barranca; y allí, viéndose perseguidos por granaderos de San Martín, se precipitaron barranca abajo y fueron aplastados en la caída. Fue en vano que el oficial a cargo de la partida les pidiera se rindiesen para salvarse...*

*De los que desembarcaron, volvieron a sus barcos apenas 50. Los demás fueron muertos o heridos, mientras San Martín solo perdió en el encuentro, ocho de sus hombres. La excitación nerviosa proveniente de la dolorosa novedad del espectáculo, pronto se convirtió en mi sentimiento predominante; y quedé contentísimo de abandonar el todavía humeante campo de la acción (...), y dándole a San Martín un cordial adiós, abandoné el teatro de la lucha, con pena por la matanza, pero con admiración por su sangre fría e intrepidez...*

## Una unidad militar de élite

El nombre granaderos señalaba a una unidad militar de élite.

Habían aparecido en los ejércitos europeos en siglo XVIII.

Primero fueron de infantería. Sus soldados llevaban bolsas con granadas de mano, que eran bolas de hierro con mecha que se encendían y se arrojaban al enemigo. La explosión y las esquirlas provocaban graves heridas o la muerte.

De a poco, estos granaderos se convirtieron en los mejores soldados por su tamaño, su fuerza y capacidad para lanzar las pesadas granadas hacía el enemigo. El nombre se hizo sinónimo de tropa de élite.

Napoleón tuvo dos regimientos de granaderos en su Guardia Imperial personal, uno de a pie y otro de a caballo, llamados así no porque llevaran granadas, sino porque eran lo mejor de su ejército. San Martín siguió con esta idea y dio ese nombre a su regimiento. Sabía que ellos eran y serían los mejores, los más preparados y un modelo para el resto del Ejército. Nunca llevaron granadas, el nombre sólo hacía referencia a que eran de élite.

Las Batallas de San Martín: el combate de San Lorenzo - 1ª ed. - Buenos Aires.  
Arte Gráfico Editorial Argentino S.A., 2007.  
Clarín